

Ramón Gómez de la Serna  
LA VIDA. LA VENTANA DE BLASCO IBÁÑEZ  
(*El Liberal*, 29-7-1922)

Don Vicente está pasando sus últimos días de estancia en España en el hotel Palace. Enseguida se va otra vez por el mundo, hacia los grandes hoteles, dejando su automóvil en los garajes que los grandes hoteles suelen tener. Acaba de dotar a su automóvil de seis ruedas completas y ha echado a rodar hacia los estercoleros las otras seis, solo porque no eran bastante prácticas. Zapatos desechados que aparecerán tirados por los caminos aunque aún podrá usar algún potentado.

España no acaba de ser justa con Blasco. Aquí se le escatima el elogio a un escritor por el solo hecho de que ha llegado y esa gran camaradería que los más excepcionales escritores de Francia e Inglaterra tienen con sus contemporáneos, aunque tengan otro estilo, otro talento, y se dediquen a otro género; aquí se dedican a perseguir a todos sus diferentes y más que porque sean sus diferentes, que muchas veces son casi iguales a los que intentan la misma clase de obra, porque son los consagrados.

Aquí esos dos tomos de Gaumont titulados *Libros de las máscaras*, tan benevolentes y sinceros para escritores tan distintos a él, se convierten en libros de fácil crítica escatimadora, con que se demuestra que una página o un título que es casi en el original podía haber sido de otra manera. ¡De cuántas maneras podía haber sido!

Sin embargo, Blasco está tan seguro de que encuentra no solo la débil discreción de muchos de sus detractores, sino el sabor a pimienta fuerte del éxito nacional. La crítica española para un español es el chorizo fuerte del triunfo.

—¡Qué rico está esto! —podía decir Blasco reuniendo sus recortes de críticas, mezclando el chorizo al arroz.

En su habitación del Palace tiene una mesita demasiado pequeña para un novelista como él. Allí solo puede contestar sus cartas. Ahora se prepara nada más. Su obra la escribirá en su hotel de Niza, en ese pabellón aislado que tiene únicamente para escribir novelas.

Blasco se abanica como un gran bonzo, de vez en cuando se queda mirando el paisaje de su abanico y lo va cerrando varilla a varilla con gesto ruboroso de gran Buda.

Sobre la chimenea hay una cosa que trastorna por completo la gran habitación del hotel: un botijo grande y blanco sobre su barrenillo de barro vidriado.

Blasco habla con pasión, habla de sus riquezas, de sus proyectos de sus grandes amistades, y por fin del viaje al mundo que tiene proyectado para el día primero de enero de 1924.

Blasco se reintegra a España en este gran hotel porque tiene una ventana maravillosa que da a la plaza de Neptuno en que se desarrolla la plaza como en ningún otro lugar y se destaca redonda, enclavada, silenciosa y tranquila en medio de alrededores que tanto armonizan con ella y de las perspectivas madrileñas más agradables. Desde la ventana de Blasco Ibáñez se ve por dentro el estanque de Neptuno y se ven los peces del mar que viven en sus aguas, como si disculpase su secreto de acuario a los que viven en el Palace o en el Ritz.